

¿A quién quieres adorar?

«Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. ¿De qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?».

Mateo 16: 25, 26

Un día de esos tantos que tomamos la vida a prisa, creyendo que al fin superaba una etapa de mi vida como madre, volví al trabajo secular. Soy maestra de profesión, y aunque elegí trabajar ya hace quince años para Cristo como esposa de pastor, cuando pasaron diez años y mis hijos ya habían crecido, sentí que tenía que cambiar de aires y que era hora de comenzar nuevamente mi vida profesional.

Comencé mi trabajo y cuantos más compromisos asumía, más linda encontraba mi profesión y más me entregaba a ella. Hasta que, en cierto momento, en medio de la presión de tantas responsabilidades asumidas, comenzó a pasarme factura el estrés. Cuando nos estresamos y sentimos que no podemos con **todo**, ¿qué es lo primero que soltamos de la mano? **Nuestro compromiso con Dios**. Por tanto, elegí dejar las responsabilidades de la iglesia, pues sentía que eran demasiadas. Creyendo que me aliviaba,

le dije a mi esposo y a mi jefa de departamento en la escuela: «Ahora sí que voy a rendir más porque ya alivié la carga».

¿Crees que resolví el problema? Lejos de eso lo incrementé: comenzó a subirme la presión arterial; a tener mareos, inapetencia y falta de ánimo; sentía que perdía facultades y que mi mente no rendía como antes; al punto que, cuando traté de cantar el himno de llamado un sábado, un canto bien conocido por mí, me quedé en blanco, fue como si me quedara ciega, delante de mí solo podía ver una candelilla blanca que nublaba mis ojos. Ese día, con lágrimas en los ojos, le comenté a mi esposo que algo muy feo me ocurría y no sabía identificarlo; creí que perdía mis facultades, habilidades y, aún más triste, el don del canto. Esa semana tomé algunas decisiones. El miércoles temprano, en mi devoción personal, mientras le pedía fuerzas a quien había negado mi servicio, sentí que me sacudía diciéndome: «¿A qué juegas? ¿Qué estás haciendo?

¿A qué viniste a este pueblo, a ser buena profesional o a servirme?».

Solo entonces pude darme cuenta de mi error. Estaba jugando a ser cristiana. La voluntad de Dios nunca ha sido, ni nunca será que soltemos los compromisos que adquirimos con él para asumir compromisos con el mundo. Aun cuando parezca noble la tarea, el Señor nos alerta: *«Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. ¿De qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?»* (Mat. 16: 25, 26).

Ese mismo día le comuniqué mi decisión a mi jefa. Mi esposo me preguntó: «¿Estás segura de tu decisión?». He vivido tantas experiencias con Jesús que estaba segura de que de la misma manera que me sostuvo con dos bebés y un embarazo mientras estaba estudiando mi esposo en el seminario, me sostendría esta vez. ¿Cómo lo hace? No sé, solo puedo testificar que todo lo que sentía como enfermedad desapareció, hoy trabajo también como obrera bíblica y sé que **para Dios nada es imposible.**

Martha Lemus.